

brillante porvenir que le ofrecían sus espléndidas facultades. Yo lo he sentido con toda mi alma y al rendirle mi tributo de respeto y de dolor, quiero recordar aquellas palabras de Horacio con que encabezó este trabajo: porque no hay duda de que Manuel Salmerón ha muerto en el cumplimiento de las más hermosas virtudes, cual es la caridad cristiana.

El pueblo de Berja ha dado ahora un alto ejemplo de virtud y de virilidad acudiendo presuroso al socorro de tanta desgracia y tanta miseria como causa la gripe en las clases menesterosas, socorro que es tanto más meritorio cuanto que todos sabemos la situación angustiosa en que las clases pudientes se encuentran por la depreciación de la única fuente de riqueza que aquí tenemos. Para el reparto de esos socorros se nombraron comisiones de los jóvenes más principales de la población, al frente de unas de ellas iba nuestro pobre amigo, que no vacilaba, ni temía, ante el peligro, y en alguna de aquellas apestadas mansiones que él describía de un modo maravilloso en sus partes diarios de cuatro trazos, adquirió la enfermedad que lo ha llevado al sepulcro ¡qué dulce y hermoso es morir practicando el bien! diría ahora Horacio si viviera.

Manuel Salmerón tenía sin duda alguna la visión de su próximo fin. Varios detalles lo comprueban y yo puedo referir el siguiente de cuya autenticidad repondo. En el mes de Agosto último se encontraba en las playas de Adra una colonia virgítana, de la que él con su distinguida familia formaba parte.

Se comentaba la belleza del paisaje, los encantos de la luna, lo poético de las noches; se hacía el oróscopo para la temporada siguiente, y el decía á las chicas que revoloteaban á su alrededor como mariposas atraídas por su simpatía y por su ingenio; tu serás el año que viene, monja; tu te habrás casado; tu pintarás en el Museo del Prado; tu seras esto ó serás lo otro. Para todos tu vo una frase amable y jovial y cuando le llegó a él el turno, cambiando de tono y con sentido profético dijo: para el año que viene yo me habré muerto...

JUAN A. ENRIQUEZ.

Manuel Salmerón

¡Quién pudiera darte la vida, amigo del alma! ¡Quién pudiera animar tu cuerpo exánime, tornándolo a lo que fué! ¡Quién pudiera departir contigo en la intimidad, como tantas veces lo he hecho! Mas rindámonos ante la evidencia y no divaguemos; no soñemos con ilusiones

y quiméricas esperanzas. Tu preciosa existencia se alejó para siempre, perdiéndose en lo invisible del espacio, en el éter... en la nada. La delicada y tierna flor que te hacía visible, que te daba forma y realidad, diciéndonos lo que eras, cayó, troncada, como herida por el rayo, desapareciendo en las inmensidades del abismo. Quedó, sin embargo, lo que nunca muere; aquello que es imperecedero; lo que todo buen virgítano deberá conservar eternamente en su memoria: quedó tu nombre glorioso; tu esclarecido nombre.

¡Pobre Manuel! ¡Pobre amigo querido! ¡Qué efecto tan grande me produjo tu muerte! Fué un cañonazo inesperado, una descarga cerrada. Recibí la infausta nueva, postrado en cama, con la maldita gripe. ¡Maldita, sí, que nos privó de tu cariño y de tu inmenso valer!

Tu modestia, la bondad de tu carácter, tu inteligencia portentosa y las demás prendas que te adornaban; eran muy bastantes para que te miráramos con predilección y te quisiéramos con entrañable cariño. Así es que todos hemos llorado tu muerte, haciéndola propia, y sintiéndola al par que tu atribulada familia.

Ponderar tus virtudes, hablar de la fecundidad de tu pluma y del bien que hubieras prodigado, aunque es cosa bien sabida, no debemos, sin embargo, olvidarla, y de ello plumas autorizadas habrán de ocuparse, toda vez que este es el mejor homenaje que se te puede rendir, y el mejor timbre de gloria para tus deudos y amigos.

Descansa en paz, Manuel Salmerón. Duerme, tranquilamente, en tu mansión eterna, el sueño que a todos nos espera, y si desde allí, y a través del etéreo espacio que nos separa, te es dado penetrar en mi angustioso corazón, no apartes de tu mente el pensamiento del que estas líneas te consagra.

MIGUEL TORRES OLIVEROS

A la memoria de Manuel Salmerón

No sé si las lágrimas que en torbellino se agolpan a mis ojos y la convulsión que agita mi temblorosa mano me dejarán rasguear unos renglones que dedicar a tu memoria, mi logrado amigo. Casi a un tiempo caímos en la batalla que Berja libra contra la epidemia reinante, y en la que tomamos parte muy activa, yo en cumplimiento del deber, tu llevado del gran espíritu de caridad que anidaba en tu corazón generoso y grande.

Más despiadada contigo la enfermedad, sin reparar en que agostaba en flor a un cerebro privilegiado, que arrebataba a Berja una de sus más risueñas esperanzas, que privaba a las letras patrias de uno de sus más hábiles y entusiastas cultivadores, y al derecho de un sutil intérprete, y a una familia del más esclarecido de sus miembros y a una sociedad de una de sus almas más generosas y mejor entrenadas para

luchar... cegó su preciosa existencia sembrando el luto en tu rededor.

Si hubiera de hacer a la pluma intérprete de todo lo que yo de tí decir quisiera, las columnas de GENTE NUEVA, de este periódico a quien tanto amor consagraste, serían insuficientes para contener lo que la justicia y mi amistad me dictan. Pero ¿para qué? ¿De qué puede aprovecharte un largo artículo necrológico? Para tributo externo a la amistad basta un quejido. Y el tributo interno, ese tributo íntimo y secreto del que solo Dios es testigo, ese... ese tu sabes que no te falta por mi parte. Yo no me siento totalmente separado de tí, queda entre nosotros un hilo conductor... la oración.

ANTONIO RUIZ

Mi flor para su tumba

A la muerte del que fué en vida ameno y culto literato Manuel Salmerón Pellón.

Llegó la fatal noticia a mis oídos, abrumadora y lacerante. Recia ola de dolor vino a envolver mi alma entristecida, salpicando de lágrimas mis ojos, húmedos aún por el llanto. Y, en mi honda pena, sentí la amargura incomparable de una madre desolada, la mortal tristeza de unos hermanos afligidísimos, el duelo general de parientes y devotos, a la muda contemplación espiritual del amigo entrañable postrado en su lecho de dolor, cerrados los ojos, pálido el semblante, la frente fría y sudorosa...

¡Oh, que angustia sentirías, caro amigo, al ver aletear dentro de tu silenciosa alcoba la muerte cruel y traicionera que segó con su guadaña tu vida llena de ilusiones!.. ¡Con qué acerbo dolor, con cuanta pena verías acercarse el fatal momento, en la plenitud de tus años, cuando albergabas en tu pecho nobles propósitos, cuando en tu mente bullían mil ideas renovadoras de moral y de justicia!..

Te fuiste de entre nosotros porque así lo decretó la Omnipotencia divina; pero vive tu grata memoria, tu recuerdo imperecedero, en tus limpios artículos, en tus amenas crónicas, en tus bellos cuentos de corte exquisito y moral intachable.

¡Sean estas breves líneas sincera manifestación del amargo pesar que siente mi alma, orgullosa de haber departido con la tuya, noble y franca, en discretas y amenas epístolas que hoy conservo como joyas inapreciables de artístico valor, como prenda cariñosa de una amistad desinteresada!

GABRIEL BAENA ALFEREZ